LA TÍA TULA ¿VÍCTIMA O VERDUGO?

Rosa Rubio Herrero

Mi propuesta es analizar la película "La tía Tula", de Miguel Picazo, basada en la novela el mismo título escrita por Miguel de Unamuno en 1907 pero adaptada a los años 60.

El relato se inicia con el entierro de Rosa, la hermana de Tula, quien a partir de ese momento, se lleva a vivir a su casa a Ramiro, su cuñado y a sus dos sobrinos Ramirín y Tulita, tal como prometiera a su hermana en el lecho de muerte.
Tula está dispuesta a cuidar de sus sobrinos, a los que adora, como si de sus hijos propios se tratara. Y de su cuñado, como si fuera un niño más. Pero Ramiro que es un hombre todavía joven, pronto empieza a echar de menos el amor erótico con una mujer.

A la vista del buen trato, que recibe de su cuñada y del amor de madre que ésta prodiga a los niños quienes como tal la quieren, Ramiro hace varios intentos de acercamiento a Tula, cariñoso y agradecido, primero; pragmático, después, intentando hacerle ver la conveniencia de que se casen ya que conviven como si de un matrimonio se tratara.

Sin embargo, siempre se encuentra con la misma negativa de Tula, por un lado "que está bien así" un "así" que significa "siendo madre sin tener que ser esposa", es decir, sin tener necesidad de relación carnal con un hombre. Por otro, alegando que su hermana ha muerto hace muy poco tiempo, tan poco tiempo que no concibe que él pueda desear ya a otra mujer.

Tula quiere mantener un hogar puro, casto, donde no exista, ni siquiera la tentación, como demuestra el hecho de que prohíba a su cuñado andar en camiseta por la casa. ¿Acaso tiene miedo de la atracción que puede despertarle? ¿O teme que pueda ser ella la que acabe deseándole?

Pero le sirve de poco, la tentación planea sobre su hogar.

Así, si su sobrinita saca del baúl de los recuerdos ropa glamurosa de alguna antepasada con la que se deleita mirándose al

espejo, coqueta; el niño, Ramirín, no sólo lleva entre sus libros las fotos en paños menores de unas modelos que escandalizan a su recatada tía al caérsele de un libro, sino que también, recupera del baúl una carta que su padre escribió a su madre Rosa, donde le pide perdón por haber tratado de tener relaciones sexuales con ella antes de casarse. Fue para Rosa pero podría ser ahora para Tula. Por eso la lee con denuedo y consternación al descubrir que también con Rosa Ramiro tuvo prisa por demostrarle su amor.

Ramiro (en off): Perdóname Rosa, no creas que lo que anoche intenté era sólo faltarte al respeto, yo te juro por lo que tú me pidas que hubiera cumplido después como el mejor de los hombres. Este noche iré a buscarte de nuevo Rosa, no estés enfadada. Yo te quiero como no he querido a nadie. Y es por eso, por cariño, que no me pude contener. Espero que me perdonarás y yo te prometo no volver a intentarlo. Tenemos que casarnos cuanto antes. Lo necesito. Te quiero. Mientras tanto, te besa en las manos, en los brazos, en los ojos, en la nuca, en los labios, Ramiro.

Por mucho que Tula ruegue y ensalce a la Virgen llevándoles a todos a comulgar en la comunión de la niña, Ramiro no puede ser el hombre célibe que Tula pretende: tiene insomnio, no duerme, sufre por la ausencia de una mujer. Y Tula está muy cerca.

Por la mañana la voz de Tula le despierta. Está agotado, exhausto, con mala cara… Cuando entra Tula a hacerle la cama se encuentra la sábana rota. Por detrás Ramiro la asalta. Tula se resiste. Él trata de besarla, de abrazarla, pero Tula logra escaparse y refugiarse en el baño, donde llora de rabia, de impotencia.

Cuando Tula va a hablar con el cura de la agresión sexual que le ha hecho Ramiro, éste le aconseja que se case con su cuñado, que será un buen padre y un buen marido. Ante la insistente negativa de Tula trata de hacerle comprender que sólo tiene dos soluciones: que se vayan todos, puesto que Ramiro la ha ofendido, o que se case. Tula alega que Ramiro se puede marchar cuando quiera pero que los niños se quedarán con ella. Por mucho que su confesor le intente hacer ver la realidad, o sea, que Ramiro no renunciará a sus hijos, Tula no cede. Ni tiene escrúpulos carnales, ni le guarda rencor… simplemente no se casará, porque "yo no soy remedio de nadie". No es ni orgullo ni soberbia, sólo respeto de sí misma.

Por supuesto, Tula no sigue ninguno de los consejos del cura respecto a Ramiro, y se los lleva a todos al pueblo de su infancia, a recuperar supuestamente, la inocencia en contacto con la naturaleza; aunque en realidad lo que el campo despierta es su sensualidad desde que llegan: la fruta que les ofrece el tío, y que Tula se deleita mordiendo, una pera, que ofrece a su sobrina –cual inocente Eva, traspasando a su pupila la pureza, no el pecado-; el paseo por el jardín, que parece una vuelta al Paraíso, a juzgar por la emoción que siente Tula deambulando entre los árboles y oliendo las flores; y por fin,

el río, ese río dónde van a sumergirse las pasiones de todos, menos las de Tula que se disfraza de diosa virgen inasequible, cubierta de gasas negras, vaporosa pero intocable, impenetrable por el más leve rayo de sol.

Ese río donde Ramiro descubre que la primita Juani, a la que Tula protegerá con la chaqueta de él, ya no es una niña y que se le ha lanzado encima mientras jugaba con sus hijos porque le atrae. Juani, a medio camino entre la infancia y la adolescencia, quiere "jugar".

Por la noche en la casa hace calor, por la ventana se cuela la música de baile del pueblo. Tula se ha levantado a beber agua, Ramiro deambula como un espectro, va detrás de ella, hechizado, fascinado (tal es el poder de lo inaccesible, el poder de la seducción), se diría que bailan al compás del sensual cha-cha-chá veraniego. Ambos tienen sed. Tula bebe agua. Ramiro necesita algo más.

Cuando Tula cierra la puerta de su habitación, no sin antes ofrecerse a "ayudarle si se encuentra mal" (¿acaso no lo ve?) Ramiro se dirige a la habitación de Juani a quien acaba "haciendo suya" a pesar de su virtuosa resistencia.

De vuelta a la ciudad, Tula está en la fiesta de despedida de soltera de su amiga Jovita. Se ha soltado el pelo y lleva un vestido que podría ser rojo, un collar de perlas, parece que se ha acabado el luto. Todas, cantan, bailan, ríen, beben y alaban la suerte de la que se va a casar. Sólo una, Herminia, a la que se le ha subido el alcohol, expone su temor a quedarse soltera.

Herminia: "Ay Tula, nosotras no nos casamos. Yo no me caso Tula y tú tampoco, con lo majísima que eres".
Tula: "Tú que sabrás, Herminia, ¿qué sabrás tú?"

¿Se lo dice porque está empezando a considerar la posibilidad de casarse con Ramiro?

Si es así, llega tarde, Ramiro ha dejado embarazada a la primita Juani y tiene que casarse con ella. Ha pedido el traslado a otra ciudad y se lleva a sus hijos. Él se ofrece a hacer lo que Tula diga, porque en efecto a la primita no la quiere, pero Tula le exige que cumpla y que se case.

Tula: "No has querido a nadie, ni has querido a mi hermana, y a mí, a mí qué me vas a querer, mientes, embustero, cínico, que me preocupe yo de los niños, pero a ti ¿qué te importan tus hijos? A ti sólo te importa eso, sucio.
Ramiro: Tú no puedes, no te lo consiento.

T: Estoy en mi casa y digo lo que quiero. En mi casa, que tenías que besar por donde yo piso. Estoy en mi casa.
R: En tu casa.
T: Sí,
R: En tu casa…
T: Sí…
R: Pues muy bien, ahí te quedas. Me voy.
T: Sí… Vete, vete… y no te llevarás a los niños, a los niños no, los niños son míos.

Todos están en el tren, incluida Juani, ya embarazada y vestida con cierta sofisticación, moño italiano y gafas negras que recuerdan al disfraz de Tula en el río. Tula esquiva su mirada. Es obvio que ya no es su sobrina, sino su rival.

Y así lo confirma su forma de llamar a Ramiro cuando el tren se va.

¿Por qué pronuncia su nombre lamentando su marcha si durante toda la película le ha estado rechazando? Es como si Tula hubiera estado poniendo distancia entre ellos pero en realidad se sintiera atraída por su cuñado. Una distancia razonable pues se trataba de guardar el luto debido a su hermana muerta.

Sin embargo, ¿hasta qué punto es esa la verdadera causa de su negativa? ¿Es sólo una cuestión de tiempos distintos, de necesidades distintas, como alega Ramiro? ¿O es que para Tula es imposible acceder al acto sexual con un hombre aunque ella lo niegue, como hace cuando se lo sugiere su confesor? ¿De dónde podría proceder esa imposibilidad?

Dice Jean Shinoda Bolen en *Las diosas de cada mujer* (1) : “la perspectiva junguiana me ha hecho consciente de que las mujeres están influidas por poderosas fuerzas internas, o arquetipos, que pueden ser personificadas por las diosas griegas. Y la perspectiva feminista me ha proporcionado una comprensión de cómo las fuerzas externas, o estereotipos -los papeles a los que la sociedad espera que la mujer se adapte-, refuerzan algunos patrones de diosas y reprimen otros. Como consecuencia, yo veo a cada mujer como una “mujer intermedia”: impulsada desde dentro por arquetipos de diosas y desde fuera por estereotipos culturales”.

Creo que desde aquí se podría explicar el caso de esta mujer, Tula, cuyo arquetipo predominante sería una diosa virgen educada en una religión que idealiza a la Virgen María como madre, permitiéndole elaborar la fantasía de poder ser madre sin ser esposa.

Otra analista junguiana Esther Harding en su libro *Women’s Mysteries* (2) escribió*:* “Una mujer que es virgen, “completa-en-sí-mísma”, hace lo que hace no por algún deseo de agradar… sino porque lo que hace es verdad... puede que tenga que decir no, cuando sería más fácil y más adecuado, decir sí… Estará motivada por la necesidad de seguir sus propios valores internos… con independencia de lo que piensen los demás”.

Tula se ha educado en una religión que condena el deseo sexual como algo sucio (por eso tiene que lavarse, tras el contacto con la cara de Ramiro o para planchar su camisa) que sólo puede tener una justificación: la reproducción. El amor carnal como manifestación amorosa es pecado y Ramiro, optando por la violencia, no hace más que agravar la animadversión imbuida a Tula hacia el sexo. Tula dice varias veces a lo largo de la película, hablando de su sobrinita, que las niñas son una cosa muy delicada y que los chicos son unos brutos que no las entienden y las hacen rabiar. La actitud de Ramiro parece corroborarlo.

Dice Jesús González Requena en *La mujer y el goce (*3): “Ella solo ama de verdad cuando goza. De manera que solo es su amor aquel capaz de hacerla gozar… En esa forma pasiva de ofrecerse se encierra la formulación imperativa de la demanda radical de la mujer: Tómame. Es decir: hazme gozar… Sólo quien renuncia a la conciencia, quien se entrega del todo, alcanza el extremo del goce”.

¿Cómo va a perder esa conciencia una mujer que ha sido educada en la castidad como virtud, que se siente “completa-en-sí-misma”, con un hombre que la exige sumisión en vez de ofrecerle seducción?

Tula necesita aprender a reconciliarse con esa cualidad sexual y femenina que habita en ella y que sólo un amor delicado, que respetara su tiempo podría hacerle reconocer.

Tiempo para perder el miedo a la violencia que el acto sexual conlleva y del que ella no obtendría otro placer sino el de la maternidad… algo que ya tiene siendo tía de hijos huérfanos de madre. Su gran desafío como diosa Virgen es conseguir que Ramiro la acepte como madre de sus hijos sin tener que ser “su remedio físico” como mujer, pero fracasa. Ramiro necesita satisfacer sus instintos sexuales y revalidar su valor como hombre, una condición que Tula ha puesto en entredicho

al no querer casarse con él.

Por todo ello, la sociedad patriarcal que él representa condena a Tula a lo peor que se la puede condenar: a Diosa Virgen de la Soledad.

Por tanto, es Tula ¿víctima o verdugo? Yo diría que es una heroica víctima de su naturaleza y de su educación: pierde todo lo que deseaba tener: unos hijos y un marido, pero defiende su dignidad, al menos, tal como la han enseñado a entenderla.

(1) SHINODA BOLEN, Jean: *Las diosas de cada mujer,* págs.. 23-24. Kairós, Julio 2013; Título original *Godness in Everywoman.* Alfonso Colodrón, traducción cedida por Editorial Kairós, S.A.

(2) SHINODA BOLEN, Jean: *Las diosas de cada mujer,* op. cit., ps. 61-62. Ibídem.

(3) *Revista Trama y fondo* nº 17 “La mujer y el goce”, página 22. Segundo semestre 2004.